

## BOLÍVAR Y MORELOS

Algunas reflexiones sobre los movimientos libertarios de la América española

Guillermo G. de la Rosa Pacheco

**En** los años que van de 1808 a 1824 se produce el primer movimiento emancipador de las Colonias Españolas en América, generando como consecuencia el rompimiento de los sistemas políticos, sociales y económicos vigentes y, gracias a ello, la creación de nuevas formas de vida democrática que van adquiriendo características propias en cada una de estas naciones. En esta época coinciden en su lucha libertaria dos de los personajes más relevantes para nuestra América: en Venezuela, Simón Bolívar y Palacios; y en México, José María Morelos y Pavón.

La independencia de las Colonias Españolas en América obedece al desarrollo histórico del Imperio Español y sus dependencias y es también resultado de un proceso universal que afecta indiscutiblemente, en diversos tiempos y formas, a las propias potencias colonizadoras. Los orígenes de este movimiento independentista son muy remotos, ya que desde la época de la invasión y la conquista se crearon estructuras ajenas y distintas a las existentes en el mundo precolombino. Y sus causas son diversas. Unas consisten en desajustes sociales y económicos; otras, en conflictos políticos; otras más en razones jurídicas, psicológicas, ideológicas, filosóficas, religiosas y culturales. Sin embargo, todas ellas guardan una íntima y estrecha relación y desembocan en nuestros movimientos de Independencia.

A fines del siglo XVIII, las Colonias Españolas en América empezaban a sentir en sus círculos intelectuales la influencia de los movimientos revolucionarios de otras partes del mundo. La Ilustración, la Revolución Francesa y la Independencia de los Estados Unidos ejercieron sin duda influencia en el ánimo de los hispano-americanos. El ascenso al poder de Napoleón, la ocupación de España por los franceses, la abdicación de su monarca y la Guerra de Independencia de su pueblo, representaron asimismo circunstancias que propiciaron el movimiento emancipador de nuestros países. Es en este contexto histórico en el que Bolívar y Morelos inician, en espacios diferentes pero en la misma época, sus movimientos libertarios, que trajeron como consecuencia las reivindicaciones democráticas y jurídicas que actualmente gozamos.

José María Morelos y Pavón nació el 30 de septiembre de 1765 en Valladolid, hoy

Morelia, llamada así en recuerdo de su nombre, y muere el 22 de diciembre de 1815.

Simón Bolívar y Palacios, quien, con toda justicia, es conocido en el mundo entero como El Libertador, nació en Caracas el 24 de julio de 1783 y muere el 17 de diciembre de 1830.

Los habitantes de las Américas guardamos por Morelos y Bolívar un profundo sentimiento de gratitud y respeto. Estos libertadores siempre construyeron sobre sus victorias y derrotas temporales la victoria final, haciendo de esa una de sus mejores virtudes como militares, políticos y estadistas. Más allá de sus triunfos y de sus derrotas, su dimensión humana y su pensamiento social trasciende sus importantes victorias militares. Sus actividades como políticos y estadistas, explorando nuevas formas de gobierno y definiendo nuevos rumbos en el destino de nuestro continente, son episodios que han marcado hitos en la historia de los pueblos americanos y siguen siendo, a través de los siglos, invitaciones a lograr lo que parece imposible y a seguir buscando el modelo de nuestro futuro colectivo.

Morelos se ha convertido al paso del tiempo en un símbolo indiscutible de la nación mexicana. Su visión de estadista le permitió sentar las bases sobre las que se edificó de manera firme el Estado Mexicano. Sus esfuerzos, como los de Bolívar, por dotar a su pueblo, desde el comienzo del movimiento, de una constitución, leyes liberales y un gobierno propio que garantizara la libertad de la nueva nación, han sido de los mejores legados. Algunos de sus biógrafos lo enaltecen como el personaje que se desenvuelve en la trilogía de sacerdote, soldado y estadista, aunque muy probablemente él hubiese querido ser valorado desde una tríada distinta como arriero, estratega y siervo de la nación. Iniciada apenas su participación en la lucha, a fines de 1810, pronunció en El Aguacatillo las siguientes palabras que expresan bien su pensamiento y pueden verse todavía en un muro de la casa que le sirvió de cuartel general en el sitio de Cuautla:



Por el presente, y a nombre de su excelencia, hago público y notorio a todos los moradores de esta América y establecimientos del nuevo gobierno, por el cual, a excepción de los europeos, todos los demás habitantes no se nombrarán en calidad de indios, mulatos ni otras castas, sino todos generalmente americanos. Nadie pagará tributo, ni habrá

esclavos en lo sucesivo, y todos los que los tengan serán castigados. No hay cajas de comunidad y los indios recibirán los reales de sus tierras como suyas propias.

Conocedor de que el fin último de la insurgencia era la formación de la nación mexicana, Morelos emprende la tarea de dar cuerpo político y jurídico a nuestra patria. Esta preocupación se verá plasmada en *Los Sentimientos de la Nación*, texto que presenta el 14 de septiembre de 1813 al Congreso de Chilpancingo o Congreso del Anáhuac, que él mismo había convocado. Que la soberanía dimana del pueblo, que la patria no será del todo libre y justa mientras no se reforme el gobierno; que como la buena ley es superior a todo hombre, las que dicte nuestro Congreso deberán ser tales que obliguen a constancia y patriotismo para moderar la opulencia y la miseria... El Siervo de la Nación, como designó el Congreso del Anáhuac a Morelos, logró trascender su época porque supo darle contenido ideológico y social a la lucha libertaria que estaba sosteniendo y que tan valerosamente acaudilló. Siendo hombre de ideas liberales, buscó impulsar la separación de poderes, el espíritu federalista y el postulado de la soberanía que radica esencialmente en el pueblo. Este ideario se verá plasmado en el acta dictada por el Congreso Constituyente de Apatzingán, que promulga la primera Constitución el 22 de octubre de 1814:

Que como la buena ley es superior a todo hombre, las que dicte nuestro Congreso deben ser tales que obliguen a constancia y patriotismo. Moderen la opulencia y la indigencia y de tal suerte se aumente el jornal del pobre, que mejoren sus costumbres, aleje la ignorancia, la rapiña y el hurto.

En lo que se refiere al Libertador Simón Bolívar, más que las palabras son los hechos mismos los que le rinden un verdadero reconocimiento. Debemos por ello analizar su vasto legado de realizaciones y también el compromiso de hacer realidad su sueño americano. Nuestra obligación actual no debe reducirse a defender la libertad y la independencia que él conquistó para nosotros, sino también a completar la obra que concibió con miras a consolidar la seguridad y el progreso del hemisferio vía su integración.

El Congreso Anfictiónico de Panamá, convocado por Bolívar en 1826, fue resultado de un descomunal esfuerzo iniciado tiempo atrás por el Libertador para establecer un proceso de alianzas entre las nuevas repúblicas que diera sustento a la supervivencia de los jóvenes estados. Fue también la primera instancia en la cual se procuró el acercamiento entre las naciones de América, cuyas principales preocupaciones giraban en torno de la seguridad y el mantenimiento de la independencia alcanzada. La



solidaridad entre naciones no era entonces una propuesta teórica o hipotética. Fue, por el contrario, una acción determinante en la supervivencia de la recién nacida república. El pensamiento de Bolívar sobre las virtudes de ese encuentro está expresado en un documento que preparó antes de su celebración, en el que esboza su idea de un congreso “destinado a formar la liga más vasta, más extraordinaria y más fuerte que haya aparecido hasta el día sobre la tierra”.

El solo levantamiento de puentes de amistad entre los hombres y los pueblos que tuvo lugar en la primera etapa del histórico Congreso, basta para asegurar que aquella fue una reunión exitosa, positiva, que ha servido de simiente para el nacimiento en este siglo de instituciones internacionales que laboran por la paz, la justicia, el derecho, la concordia y el progreso de los países que pueblan el mundo.

En nuestros días, el espíritu y las aspiraciones del Congreso Anfictiónico de Panamá siguen siendo fundamentales para las naciones americanas. Después de tantos lustros, nos encontramos frente a circunstancias promisorias y desafiantes para seguir avanzando en el propósito de hacer realidad su ideal de unión y solidaridad. Esos sueños de unidad política entre naciones soberanas, constituyen hoy la guía para nuestras acciones de multilateralismo. Ayer, la unión de nuestra América era una quimera, un propósito pendiente. Hoy, al derrumbarse los muros del aislacionismo, este sueño se ha puesto a nuestro alcance. La integración es hoy más viable gracias a la renovada vigencia de la democracia y de los valores de la libertad, del pluralismo, del respeto por la voluntad popular y de la defensa de los derechos humanos.

Los libertadores Morelos y Bolívar realizaron una obra que todavía se proyecta en nuestros días. Sus ideas están presentes en el campo de la política, el derecho, la educación, la cuestión social, los problemas económicos, los asuntos internacionales, la conservación de nuestros recursos naturales y en muchos otros aspectos de nuestra vida nacional y regional. Al recordar la vida de estos próceres de nuestra América invocamos el ejemplo, el legado y la memoria de dos de los hombres más grandes de nuestra historia, hombres con altura de miras que vieron más allá de la guerra y supieron que su esfuerzo no debía agotarse en la lucha armada, sino en alcanzar el fin propuesto, la meta señalada, la libertad y el bienestar de sus pueblos.

---

**Guillermo G. de la Rosa Pacheco** (Ciudad de México, 1943). Doctor en Derecho por la UNAM, abogado postulante desde 1967, socio director del Despacho Tovilla, De la Rosa y García, S. C. Es actualmente Director de la Escuela de Derecho de la Universidad Intercontinental de la Ciudad de México, y Asesor Jurídico de *Archipiélago*.